

# Huéspedes del tiempo

Saúl Cepeda Lezcano





Arena Lund aún no se había hecho a la idea de pasar sus vacaciones en el futuro.

La esclusa que conectaba el hotel orbital con el VTO<sup>1</sup> autónomo se abrió. Arena y su esposa, Sarabi Fobe, embutidas en sendos *dermotrajes*, se desplazaron ingrávidas a través del aire hasta el interior de la estructura. Viajaban allí desde su toroide de origen, en la órbita de Azur, la única luna habitable de Esmalte, un gigante gaseoso.

— Bienvenidas —dijo Kaal, la inteligencia artificial de la instalación—.

Con su beneplácito y para una mejor experiencia, desde este momento el hotel intervendrá el control de sus implantes ópticos.

Las huéspedes se vieron envueltas en los modelos de virtualidad real configurados conforme a las preferencias que habían convenido con antelación en la agencia de viajes. Cuando las dos visitantes alcanzaron el anillo exterior de gravedad artificial, volvieron a sentirse como en casa.

La estructura espacial se desplazaba a velocidades relativistas en una órbita excéntrica próxima a GW290234, un agujero negro de masa estelar. Arena y Sarabi habían podido conversar con las primeras

---

<sup>1</sup> VTO: acrónimo de Vehículo de Transferencia Orbital.





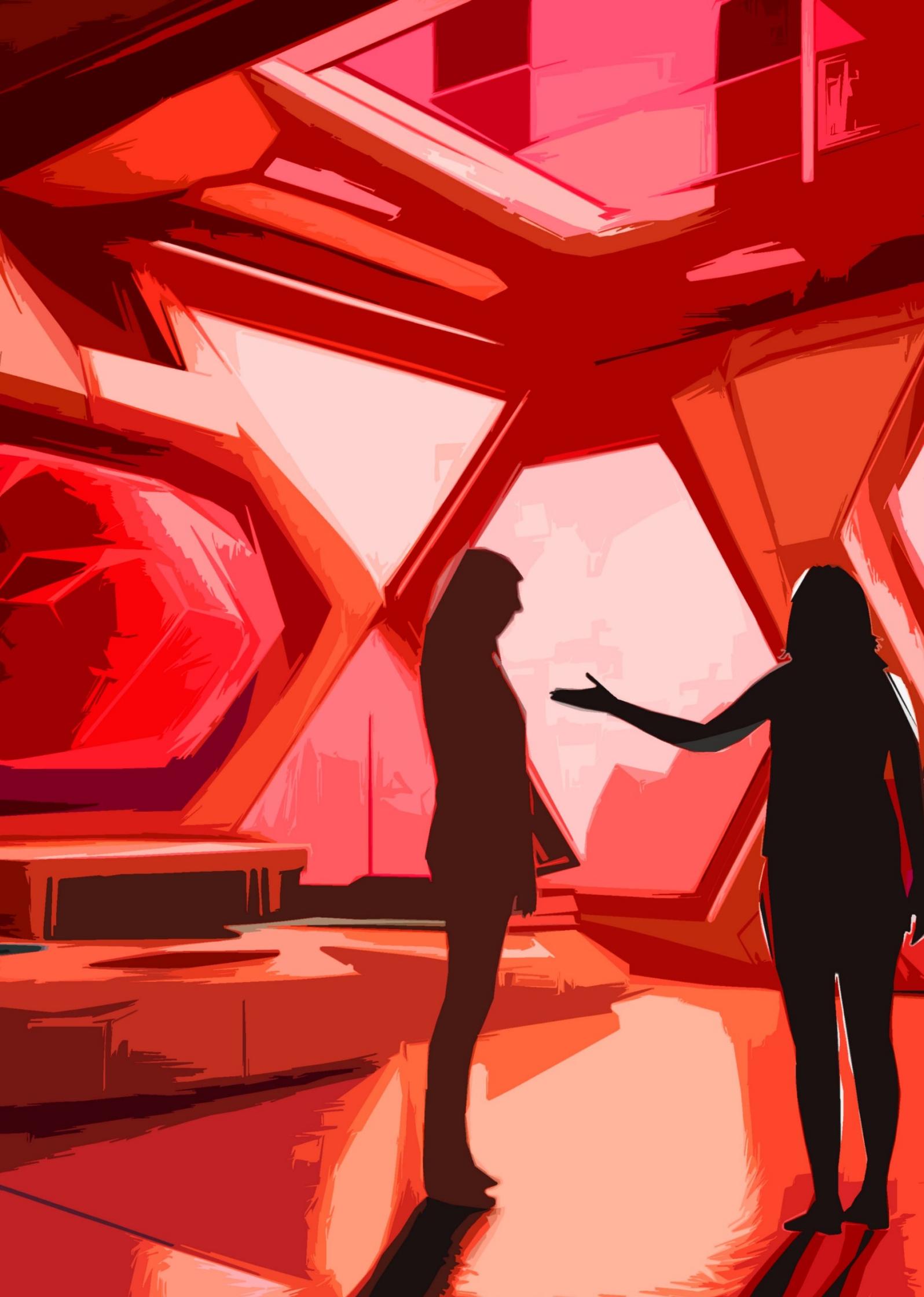
personas en vivir aquella experiencia, retornadas al toroide setenta y seis años después de su partida. El relato del cambio que les había supuesto fue tan atractivo para Sarabi, que esta impulsó de inmediato a su pareja a inscribir sus nombres en la lista del sorteo de las escasas plazas disponibles para visitar la estación. La publicidad del establecimiento prometía una estancia agradable y el paso de una década en origen por cada veinticuatro horas *terra* de permanencia en el hotel. La tecnología se encargaba de lo primero; la gravedad de lo demás.

Las dos mujeres accedieron a su habitación. Ambas sabían que se hallaban en un constructo mutante y modular. Kaal, que gestionaba el hotel, podía reconfigurarlo a voluntad a través de *atomáquinas* de escala nanométrica. Sin embargo, a su alrededor todo adoptaba la estética de una decadente villa marciana de suelos encarnados, idéntica a las viejas *holos* de época que tanto entretenían a Arena en su infancia.

Desde un ventanal panorámico de cristafeno podían contemplar la vertiginosa y absorbente luminosidad emitida por el descomunal aro de acreción del agujero negro, una singularidad remota, reverencial y misteriosa.

— Ya estamos aquí —dijo Arena—. ¿Ahora qué?







- Siempre es aquí y ahora —respondió Sarabi—: lo que nos hace movernos es la posibilidad de un después.
- Cuando volvamos será mucho después. Habrá pasado un siglo, en un momento... Todo será distinto.
- Ya lo hemos hablado. Necesitábamos cambiar. Sobre todo tú. Todos viajamos hacia el futuro, solo que nosotras lo haremos deprisa.

Kaal les hizo saber que eran las únicas personas alojadas en el hotel en ese momento. Sin embargo, a través de sus ópticos podían observar simulaciones interactivas de individuos que se correspondían con la elección contextual realizada previamente. Estos engramas artificiales eran los encargados de transmitir a las huéspedes, de manera casual, el resumen proporcionado por la estación acerca de eventos acaecidos en su línea temporal de origen. La ventana de recepción de datos del hotel tenía lugar una vez al día a través de canales de teleportación cuántica entre partículas entrelazadas. Una vez recibida, Kaal categorizaba la información de cada década a fin de establecer los hitos relevantes que mejor facilitarían la adaptación futura de los viajeros en su eventual proceso de retorno.

Los días de estancia transcurrieron velozmente, con muchas conversaciones que diluían su trascendencia existencial en la insondable presencia del agujero negro.







En ese periodo, la IA Kaal resumió a las huéspedes varios acontecimientos económicos y tecnológicos ocurridos en su marco temporal de procedencia; y también conflictos humanos y desastres naturales, así como una relación de las nuevas personalidades que alcanzaban una relevancia más o menos efímera en campos culturales, científicos o sociales.

Esa súbita oleada de referencias, sumada a los conocimientos que ya tenía del pasado, crearon en Arena una profunda sensación de vacuidad. Lund, que ya había vivido ciento setenta y tres años y perdido un hijo, el único que fue autorizada a tener en su estación, pensó que la última respuesta a todo, a la existencia y la percepción, era que, en realidad, las preguntas jamás habían existido.

- Quizás no estaría mal vivir así siempre —dijo Arena un día *terra* antes de la partida del hotel.
- Explícame qué quieres decir —dijo Sarabi.
- Hablo de no volver jamás; de quedar aisladas de nuestro tiempo en este hotel en el que todo es posible, recibiendo las noticias del pasado como si se tratara un eco imaginario: sería como vivir en un relato eterno.
- Por fin lo entiendes, Arena Lund. Has superado con éxito el proceso de adaptación: ahora podemos hablar de ello.





- ¿A qué te refieres?
- De quedarte aquí. Ya eres parte de esto. Sufriste un accidente de descompresión en tu toroide. La administración de la estación recuperó a tiempo tu engrama a través de una replicación neural y lo envió a este hotel de almas, con tantas otras, junto al agujero negro.

Arena sintió una extraña tranquilidad, como si sus emociones glandulares la hubieran abandonado y solo existieran paz y razón en su interior.

- Claro, tú no eres Sarabi.
- No, no lo soy, pero descuida, aquí el tiempo significa poca cosa. Volveréis a estar juntas. Pronto ella vendrá: todos lo harán; y mientras esperas, muchos nos haremos compañía.



